

Michael Freeden

Ideología: una breve introducción

Traducción de Pablo Sánchez León



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Ideology: A Very Short Introduction*

Ideology. A Very Short Introduction ha sido publicada originalmente en inglés en 2003. Esta traducción se publica por acuerdo con Oxford University Press. Alianza Editorial es la única responsable de la traducción de la obra original y Oxford University Press no será responsable de ningún error, omisión, imprecisión o ambigüedad en dicha traducción ni de cualquier problema derivado de la confianza depositada en Alianza Editorial.

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Michael Freedon, 2003
© de la traducción: Pablo Sánchez León, 2013
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-643-9

Depósito legal: M. 2.864-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	1. ¿Deben las ideologías tener mala reputación?
23	2. Más allá de lo ilusorio: cómo han perdurado las ideologías
45	3. La ideología en la encrucijada de la teoría
64	4. La lucha por el lenguaje político
93	5. Pensar la política: nuevas perspectivas
108	6. Lucha de titanes: las macroideologías
127	7. Segmentos y módulos: las microideologías
140	8. Realidades y sobrerrealidades discursivas
154	9. Estímulos y respuestas: ver y sentir la ideología
163	10. Conclusión: por qué la política no puede prescindir de la ideología
173	Referencias y lecturas
181	Índice analítico

1. ¿Deben las ideologías tener mala reputación?

«Ideología» es una palabra que evoca fuertes reacciones emocionales. En una ocasión, al término de una conferencia en la cual se subrayaba la ubicuidad de las ideologías políticas, un asistente sentado al fondo de la sala se levantó irguiéndose con todo su cuerpo y, en una actitud que mezclaba la confrontación y el desdén, dijo: «¿Está usted acaso sugiriendo que yo soy un ideólogo?». Cuando la gente escucha la palabra «ideología», suele relacionarla con «ismos» como el comunismo, el fascismo o el anarquismo. Todas estas palabras denotan ideologías, pero conviene hablar con precaución. Los «ismos» son términos entre familiares y un tanto denigratorios, hasta el extremo de que en Estados Unidos incluso «liberalismo» es usado de esta última manera. Vienen a sugerir que estamos ante conjuntos de ideas contruidos de manera artificial, más bien alejados de la vida cotidiana, que son manipulados por los poderes dominantes y los que aspiran a ese estatus. Todos ellos intentan controlar el mundo de

la política y encorsetarnos en una rutina de pensamiento y conducta doctrinarios. Pero no todos los ismos son ideologías (como muestran palabras como «optimismo» o «americanismo»), y no todas las ideologías tratan de imponerse sobre sociedades que se resisten a sus intentos de aplastar las ideas y convicciones sociales, ni son empleadas como un arma contra sus detractores. La respuesta que doy en estas páginas a ese perplejo ciudadano que asistía a la conferencia es la que puso Molière en boca de M. Jourdain, quien descubrió para su deleite que llevaba toda la vida hablando en prosa. Nos pasamos la vida entera produciendo, disseminando y consumiendo ideologías, seamos o no conscientes de ello. Por lo tanto, sí, somos ideólogos en el sentido de que contamos con comprensiones del ambiente político del que formamos parte, y poseemos puntos de vista sobre los méritos y deméritos de dicho ambiente.

Imaginemos por un momento a alguien andando por una ciudad. Al doblar una esquina se topa con un grupo grande de gente que avanza excitada, portando pancartas y gritando consignas, rodeados de hombres vestidos de uniforme que intentan frenar el movimiento del grupo. Alguien habla por un megáfono y la multitud grita. La reacción inmediata de uno es descodificar rápidamente ese panorama. ¿Qué hacer: salir corriendo o unirse a la manifestación, o tal vez lo conveniente sería ignorar la situación? El problema está en la descodificación. Por suerte la mayoría de nosotros cuenta con un mapa que sitúa el acontecimiento y lo dota de una interpretación. Si uno es un anarquista, el mapa es probable que diga: «He aquí una expresión espontánea de la voluntad popular, un ejemplo de la acción directa que debemos llevar a cabo con el fin de arrebatar el poder a las élites que nos oprimen y domi-

1. ¿Deben las ideologías tener mala reputación?

nan. Hay que dar el poder al pueblo; los gobiernos actúan por intereses propios que son contrarios a la voluntad popular». Si uno es un conservador, el mapa puede decir: «Estamos ante un acontecimiento potencialmente peligroso. Un montón de individuos están a punto de confrontarse con la autoridad de forma violenta con el fin de lograr objetivos que no han conseguido o no habrían conseguido alcanzar por medio del proceso político. Este comportamiento ilegítimo e ilegal ha de ser frenado por medio de un fuerte dispositivo policial *in situ*. Hay que dispersarlos y, si se ponen agresivos, detenerlos y cargar sobre ellos la responsabilidad». Si uno es un liberal, puede que diga: «¡Bien hecho! Deberíamos estar orgullosos. Estamos ante una ilustración perfecta del carácter pluralista y abierto de nuestra sociedad. Valoramos la importancia del disenso; de hecho, lo alentamos por medio de instancias de libertad de expresión y asociación como la manifestación que estamos presenciando».

Las ideologías, como veremos, nos proporcionan mapas del universo político y social. Sencillamente no podemos prescindir de ellas porque no podemos actuar sin dotar de sentido los mundos en los que habitamos. Dotar de sentido, conviene explicar, no siempre quiere decir dotar del sentido bueno o adecuado. Pero las ideologías contienen a menudo mucho sentido común. En cualquier caso, los hechos políticos nunca hablan por sí solos. A través de las diversas ideologías disponibles se obtienen interpretaciones concurrentes sobre lo que los hechos pueden significar. Toda interpretación, cada ideología, es un intento de imponer una pauta —alguna forma de estructura u organización— sobre cómo leemos (y malinterpretamos) los sucesos, acontecimientos, acciones o hechos políticos, sobre cómo

vemos las imágenes o escuchamos las palabras. Los mapas ideológicos no representan una realidad objetiva, externa. Las pautas que imponemos o adoptamos de otros no tienen por qué ser sofisticadas, pero sin una pauta nos quedamos sin pistas y no podemos comprender desde el lado de la recepción unas unidades de información que se muestran claramente aleatorias, carentes de rima o sentido.

¿Por qué entonces provocan tanta suspicacia o desconfianza las ideologías? ¿Por qué se las considera en el mejor de los casos extrañas caricaturas cuando no opresivas camisas de fuerza ideáticas que hay que destruir y dismantelar para proteger a la sociedad contra los lavados de cerebro y las falsas ensoñaciones? No ha habido apenas otra palabra en el lenguaje político que haya producido tanta malinterpretación y oprobio. Necesitamos aclarar algunos extremos con el fin de valorar que, al contrario, hay muy pocas palabras que hagan referencia a una dimensión tan importante y central de la vida política.

En su discusión de las ideologías, este libro hace referencia sobre todo a ideologías políticas, y argumenta que las ideologías son artefactos políticos. Cuando es empleada en otros sentidos —como la ideología de los impresionistas o la de Jane Austen—, la palabra «ideología» es sacada de su uso normativo o empleada como una generalización para hacer referencia a una más vaga noción de ideas culturales predominantes en el terreno del que se trata o que guían la acción de los individuos a quienes concierne. Un problema con el término «ideología» es que buena parte de sus usuarios se han negado a dotarlo de un significado preciso, útil e ilustrativo.

El acuñador del término, Antoine Destutt de Tracy, que escribió en la estela de la Revolución francesa, aspiraba a

1. ¿Deben las ideologías tener mala reputación?

crear una rama de estudios propiamente dicha que se encargase de las ideas, y para ello intentó fijar ideales de pensamiento y acción empíricamente verificables a partir de los cuales establecer la crítica de las ideas y una ciencia de las mismas. La empresa estaba muy en concordancia con el movimiento positivista de la Francia del siglo XIX, que asumía la posibilidad de estudiar la sociedad con las herramientas de precisión características de la ciencia natural. Nuestra época pospositivista no admite que la amplitud del pensamiento o de la imaginación humana pueda ser aprehendida de manera tan precisa y permanente como anticiparon estos primeros codificadores de las pautas que siguen las ideas. Pero pervive un residuo de aquella empresa. Las aspiraciones de Destutt de Tracy reflejan la necesidad que siguen hoy percibiendo los investigadores académicos de ofrecer una aproximación profesional y rigurosa al estudio de la ideología.

Una vez rendido tributo al iniciador de la ciencia, y reconociendo la tarea que queda por hacer, podemos pasar a ocuparnos de los más tempranos y todavía influyentes practicantes de la ideología, Karl Marx y Friedrich Engels, que adoptaron una perspectiva muy diferente a la del padre fundador.

El asalto marxista

En *La ideología alemana*, Marx y Engels reaccionaron contra las modas filosóficas y culturales dominantes en la Alemania de su tiempo. El carácter espiritual y romántico del pensamiento idealista alemán, argumentaron, se apoyaba

en concepciones erróneas. Una de estas atribuía una existencia independiente a las ideas, el pensamiento y la conciencia en el intento de sustituir el pensamiento ilusorio por un conocimiento correcto. Pero al operar así, argumentaban Marx y Engels, los filósofos alemanes debatían puramente en torno a expresiones en lugar de abordar el mundo real. La filosofía venía así a encubrir la realidad, y adoptaba la forma de lo que Marx y Engels denominaban «ideología». Para ellos «en toda ideología los hombres y sus circunstancias aparecen boca abajo como en una cámara oscura». Con esta analogía señalaban que la ideología es una imagen especular invertida del mundo material distorsionada aún más por el hecho de que el mundo material se encontraba a su vez bajo el capitalismo sometido a relaciones sociales deshumanizadoras. El papel de la ideología era suavizar esas contradicciones haciéndolas aparecer como necesarias, normales y congruentes. De esa forma la cohesión social podía ser mantenida y aumentada. La ideología era una sublimación —en sus diversas manifestaciones, como la moral, la religión y la metafísica— de la vida material. Además de esto, la ideología era diseminada por quienes se especializaban en la actividad mental de la sublimación: los sacerdotes que ofrecían «salvación» eran un ejemplo temprano de esa emancipación respecto del mundo real. Semejante divulgación podía ser un acto de manipulación deliberada, pero también podía ser —especialmente para Engels— un proceso inconsciente o autoinducido. La ideología era una manifestación de los perniciosos efectos de la división del trabajo. En este caso, la división del trabajo hacía que el pensamiento humano se abstraiera del mundo material, produciendo en su lugar teoría pura, o ética o filosofía

1. ¿Deben las ideologías tener mala reputación?

Marx y Engels añadieron a esa visión de la ideología otra dimensión más, que iba a resultar altamente influyente. Asociaron ideología y clase, afirmando que las ideas de la clase dominante eran las ideas dominantes. Las ilusiones ideológicas eran un instrumento en manos de los poderosos a través del Estado, y eran empleadas para ejercer control y dominación; en realidad, para «manufacturar la historia» de acuerdo con sus intereses. Más aún, el filtrado de intereses a través de un contenedor —la ideología— les permitía a aquellos y a la ideología misma aparecer representados como reclamos de verdad dotados de validez universal y racional. Dicha representación ayudaba a los propagadores de la ideología a forjar el mito de una comunidad política unificada a través de leyes ilusorias, el dirigismo cultural y el «enmascaramiento verbal», es decir, a través del poder sobre el lenguaje.

Quienes controlaban el comportamiento y el pensamiento humano habían convencido incluso a los miembros de las clases inferiores —el proletariado— de que la ideología burguesa dominante era también la suya. Un trabajador explotado creía de verdad que era una buena idea levantarse por la mañana y trabajar catorce horas por una miseria en la fábrica de su empleador porque había internalizado la visión ideológica de que un trabajo así de deshumanizado era parte inevitable del orden industrial, de que se trataba de un acto libre por su parte, de que los mercados daban a todos las mismas oportunidades y de que ganarse el sustento vendiendo la fuerza de trabajo a terceros era algo esencial para tener sensación de dignidad personal. La ideología se concentraba pues en las apariencias exteriores, y no en la comprensión real de lo esencial. Lo anormal se

volvía normal por medio del truco de cartas ideológico y del fetichismo de las mercancías (al dotarlas de un estatus sagrado y mixtificado) y los mercados en los que circulaban; por ejemplo, la gente adoraba el dinero en lugar de valorar adecuadamente el genuino proceso productivo que generaba riqueza. En una tendencia que quedaría más marcada en su obra posterior, especialmente en *El capital*, Marx se centraba aquí en las prácticas capitalistas concretas de las que emanaba la ideología y no en las ideas distorsionadas de los filósofos y los ideólogos. Comprensiblemente, una de las principales misiones de lo que después se conocería como marxismo consistiría en desenmascarar y desmitificar el carácter enmascarador de la realidad de la ideología. Someter a crítica la ideología iluminaría las falsas pretensiones de sus promotores y establecería en su lugar una serie de prácticas sociales omnicomprendivas que proporcionarían a su vez las bases empíricas de la verdadera conciencia social.

El enfoque marxista produce, como se puede apreciar, una muy persuasiva visión de la ideología. La ideología aparece como el producto de una serie de causas simples aunque insanas. Una es la necesidad de interpretaciones simplificadas y fáciles de vender del mundo en que vivimos. Una segunda es el deseo de poder y control de algunos individuos y grupos sobre otros. Una tercera es una creciente tendencia a dividir la actividad humana en compartimentos estancos —la división del trabajo— y a separar el pensamiento de la acción. La ideología reforzaría todo esto, y mantendría a las sociedades en un estado de ignorancia y sufrimiento. Se podría deducir injustamente de esto que el marxismo concedía un considerable poder a las

1. ¿Deben las ideologías tener mala reputación?

ideas, y de hecho lo hacía, es decir, a las ideas que adoptaban la forma de ideología. Pero para Marx semejante poder concentrado era un error, pues bloqueaba la posibilidad de la emancipación humana. Todos estos rasgos aparecen de una manera mucho más sofisticada en los escritos del propio Marx, pero así es como en general han sido reproducidos posteriormente en las divulgativas aunque influyentes visiones marxistas de la ideología.

Antes de pasar a ensalzar o condenar la teoría marxista de la ideología, conviene que nos preguntemos sobre qué es lo que ha de cuadrar para que su argumentación tenga sentido. Primero, esta se apoya en la distinción crucial entre conciencia verdadera y creencias distorsionadas o falsas. Con el fin de reclamar que nuestra comprensión del mundo (político) está basada en una ilusión, tenemos que estar seguros de que es posible obtener un conocimiento no ilusorio de la realidad. Marx creía que la verdad emergería una vez que esa distorsión se esfumase; en otras palabras, que las verdaderas relaciones humanas y materiales eran una postura por defecto oscurecida por deformaciones sociales e ideológicas tanto como un resultado científicamente anticipado del desarrollo social futuro. Que esa verdad podía ser extraída de manera concluyente (desde luego no era descubierta por medio de revelación o intuición, en las que Marx no creía) era un supuesto no negociable de su pensamiento. Por esa misma razón, como veremos, los críticos de Marx considerarían este fundamental aserto en sí mismo una creencia ideológica, que se volvía así contra Marx. Pero la existencia de verdades sociales puede no ser algo tan obvio como podría parecer. Un cierto conocimiento factual puede parecer evidente —«estoy viendo un grupo de

personas reunidas en una protesta»—, pero como hemos visto, lo que se desprende de saber eso sobre ese grupo variará dependiendo del mapa interpretativo de que nos servimos. Hay una frase bien conocida que dice: «juzguemos el caso por su valor». Los casos, sin embargo, no vienen equipados con valoraciones que se nos manifiestan por sí solas; somos nosotros quienes adjudicamos valor al caso de acuerdo con las creencias y valores que previamente asumimos.

En segundo lugar y por consiguiente, esos argumentos dependen de la naturaleza efímera de la ideología. Si la ideología es una distorsión, desaparecerá una vez se (re)introduzcan las relaciones sociales verdaderas. Si es el producto de una división antinatural y alienante entre lo espiritual y lo material, desaparecerá una vez que se reconozcan las raíces materiales de lo espiritual. Y si consolida una relación de poder entre las clases dominantes y las dominadas, desaparecerá una vez que esas relaciones de poder se transformen en un sentido democrático de comunidad e igualdad social. La ideología es por tanto indispensable; es un producto patológico de las circunstancias históricas y se diluirá cuando estas mejoren.

En tercer lugar, la concepción marxista de la ideología ha contribuido a una comprensión unitaria de la misma. Si la ideología es de veras una penosa cortina de humo que encubre la realidad, cuanto antes prescindamos de ella, mejor. En particular, no tiene sentido analizarla como lo que es ni distinguir entre diferentes variantes de ideología. Para muchos marxistas, aunque no para todos como veremos, la ideología es parte de una «superestructura» que carece de valor intrínseco. En consecuencia, la aproximación marxista a la ideología ha desalentado cualquier interés por la na-

1. ¿Deben las ideologías tener mala reputación?

turalidad y las permutaciones de esa cortina de humo encubridora. La convicción de tintes cuasimesiánicos de Marx según la cual una sociedad socialista sin distorsiones terminaría prevaleciendo implicaba que había que deplorar los defectos presentes en lugar de analizarlos detenidamente. Es como si un estudioso de las instituciones políticas decidiera que es una pérdida de tiempo estudiar la Cámara de los Comunes porque sus debates ponen de manifiesto una práctica política de baja calidad: comportamientos groseros, antagonismo competitivo, enormes ineficiencias y ridículas distribuciones espaciales entre diputados. En vez de ello, diría el estudioso, dediquemos nuestros esfuerzos intelectuales a predecir el desarrollo de una práctica legislativa ideal que pueda defenderse y aplicarse de manera permanente.

Para poder defender que las prácticas o las ideas políticas están deformadas tenemos que estar seguros de que pueden adoptar formas no distorsionadas. Pero incluso si estamos convencidos de la actual ubicuidad de tales distorsiones, un estudiante de políticas podría argumentar de forma persuasiva que se trata de fenómenos sociales en cualquier caso interesantes, y que requieren de análisis si aspiramos a comprender la naturaleza de lo político en las sociedades reales. Una vez que nos lanzamos de cabeza hacia la cortina de humo, hacia la sustancia de la ideología, nos toparemos tanto con rasgos comunes como con variaciones: un mundo complejo y rico que aguarda ser descubierto. En síntesis, en la categoría abstracta de «ideología» en Marx se halla contenido un gran número de ideologías concretas, y sus rasgos compartidos ofrecen una ayuda de inmensa importancia para dar sentido al mundo político.

Cuarto, otra faceta del carácter unitario de la ideología marxista es que las ideologías son parte de una visión única, incluso total, del mundo político. Son la clave arquitectónica que mantiene unida una visión perfectamente coherente del mundo que disimula sus contradicciones internas. Esta imagen de totalidad coordinada dominó durante mucho tiempo en las visiones de la ideología, contribuyendo a darle su naturaleza inclusiva y a que algunos ideólogos creyeran que se trataba de una verdad infalible. Necesitamos no obstante estar convencidos de que esas visiones monolíticas del mundo no solo existen, sino que además poseen una fuerza persuasiva. En ausencia de tal fuerza persuasiva, se ha vuelto demasiado a menudo necesario el recurso a la coerción física para mantener la ideología.

Quinto, se ha exagerado el papel de las ideologías. Aunque la lógica marxista subraya la procedencia social de la ideología, su origen ha resultado con frecuencia ser mucho más estrecho que una clase en su totalidad. La conexión que establece el marxismo entre la ideología y las relaciones de poder, así como entre aquella y la manipulación de las masas, ha derivado a menudo en la identificación de un grupo profesional de ideólogos, e incluso en la constatación de la influencia de individuos concretos. Para algunos estudiosos, los ideólogos son intelectuales poseídos por un peligroso sentido de misión, el de cambiar el mundo de acuerdo con una específica visión absoluta de las cosas. También sugiere que la producción y la distribución de bienes intelectuales constituyen un monopolio. La teoría marxista de las clases sociales ayuda a consolidar dicha visión, si bien lo cierto es que los intelectuales que figuran en esas teorías a veces actúan de modo independiente, menos de-

1. ¿Deben las ideologías tener mala reputación?

terminados por sus propias bases materiales de lo que el marxismo asume. La asociación que se hace de la ideología con estos intelectuales ha contribuido también a la visión comúnmente admitida de las ideologías como entidades *a priori*, abstractas y no empíricas. Esta perspectiva es ampliamente compartida por los políticos, la prensa y unos pocos académicos expertos, especialmente en el mundo anglófono, que posee su propio mito empirista, así como en el mundo de habla germana, que sigue bajo la influencia del vocabulario empleado por su compatriota Marx.

¿Qué es lo que sigue resultando valioso en el énfasis marxista de una ideología encubridora de la realidad? Tal vez hasta cuatro cosas. La primera, hemos tomado de Marx la relevancia de las circunstancias sociales e históricas para la conformación de las ideas políticas y de otro tipo. Aceptamos como una verdad que no necesita comprobación que las personas son en gran medida el producto de su medio, si bien sigue habiendo mucho debate acerca del peso relativo de ese medio, de lo genético y de la capacidad individual de elección. Aliviados de una parte de su bagaje marxista, las ideas y las ideologías son entendidas como el producto de grupos. Son también parte del medio cultural que conforma y es conformado por nuestras actividades.

La segunda, que las ideas son importantes. Puede que Marx considerase que el actual ámbito de la ideología es una dañina ilusión, pero incluso en esa esfera ello implica que las ideas no son puramente retóricas. Si las ideas se muestran no solo como verdades sino además con tal capacidad de dominio como se manifiestan en una ideología, han de ser tomadas muy en serio y hay que concederles un papel aún más relevante que el que Marx les concedió.

La tercera, que las ideologías están dotadas de funciones políticas cruciales. Ordenan el mundo social, lo dirigen contra determinadas actividades y legitiman o deslegitiman sus prácticas. Las ideologías ejercen poder, cuando menos creando un marco dentro del cual se pueden tomar decisiones o dotar de sentido a la realidad. Ese poder no tiene por qué ser de carácter explotador o deshumanizador, pero, visto así, entonces solo algunos anarquistas argumentarían que el poder —incluso como fenómeno habilitador o empoderador— es algo de lo que se puede prescindir totalmente.

Cuarto, que el método marxista ha dejado como legado algo de importancia incluso para los no marxistas. Se trata simplemente de que lo que uno ve no es siempre todo lo que uno puede conocer. Si aspiramos a comprender las ideologías, hemos de admitir que contienen niveles de significado que se hallan ocultos para sus consumidores y, de modo frecuente, también para sus productores. El estudio de la ideología por tanto abarca en buena medida —si bien no del todo— la empresa de descodificar, de identificar estructuras, contextos y motivaciones que no son visibles a primera vista.

2. Más allá de lo ilusorio: cómo han perdurado las ideologías

La historia del surgimiento del concepto de ideología desde el seno del marxismo es compleja y aún no puede darse por concluida. Pero hay tres personajes del siglo XX —Karl Mannheim, Antonio Gramsci y Louis Althusser— cuyas contribuciones al espectro de significados que incluía la noción de ideología tuvieron enormes consecuencias. Es cierto también que el estudio de la ideología ha hecho ulteriores avances desde que estos tres autores reorientaron el tema. Pero tal vez el resultado más relevante de sus intervenciones —cada una de ellas efectuada a su manera a partir de premisas marxistas— consistió en que transformaron la concepción de la ideología desde el epifenómeno transitorio originariamente acuñado por Marx y Engels hasta identificarlo con un rasgo permanente de lo político, permitiendo así el abandono de algunas de sus connotaciones peyorativas.

Las bases sociales de la ideología: Karl Mannheim

El éxito intelectual del sociólogo y filósofo Karl Mannheim (1893-1947) consistió en extraer del enfoque marxista una cuestión clave: que la ideología es un reflejo de *todos* los contextos históricos y sociales. Mientras que Marx había condenado las condiciones sociales en el capitalismo como fuente de la ilusión ideológica, Mannheim comprendió que se trataba de un rasgo propio de cualquier medio social que influía en los procesos de pensamiento de los seres humanos y, más aún, que el conocimiento era «un proceso cooperativo de la vida en grupo». Observada sobre esas importantes dimensiones, la ideología no era una quimera pasajera. Más aún, entraban en juego los primeros indicios de pluralismo ideológico: las sociedades contaban con muchos grupos sociales y entornos de clase diferentes; por consiguiente, semejante «multiplicidad de formas de pensar» podía producir más de una ideología. El potencial pluralismo de las ideologías se volvió, como veremos, altamente relevante en posteriores teorías de la ideología. Al establecer las bases del estudio académico de la ideología, Mannheim vino implícitamente a resucitar la agenda de Destutt de Tracy que Marx y Engels habían dejado bastante de lado.

Para Mannheim la ideología tenía manifestaciones tanto sociales como psicológicas. La ideología no se empleaba solo para manipular deliberadamente a quienes estaban bajo su influencia. También subrayaba los presupuestos inconscientes que guiaban el pensamiento humano, así como los fundamentos irracionales del conocimiento. Al fin y al

cabo, los grupos humanos operan sobre la base de rituales, prejuicios, historias y narrativas compartidos, elementos que las ideologías incorporan. A la mayoría de nosotros nos resulta bastante difícil vernos desde una perspectiva distinta a la que tenemos asumida y escrutinar las costumbres y hábitos que de forma inconsciente y acrítica internalizamos. Lo inconsciente y lo irracional solo podrían llegar a ser desenmascarados en un estadio más avanzado del desarrollo social, una vez se lograra justificarlos de modo racional. La eficacia de ese desenmascaramiento sería siempre algo limitado, pues Mannheim asumió de partida la visión marxista de la ideología como velo de las condiciones reales de la sociedad por los intereses de la clase dominante. Pero a esta visión estática de la ideología añadió la noción paralela de utopía. La utopía era en su definición una visión de una sociedad perfecta o futura desarrollada por grupos oprimidos que, empeñados en cambiar y destruir la sociedad existente, veían los aspectos negativos de esta pero eran ciegos a la situación que realmente existía. Es posible poner objeciones a esta distinción. Lo que Mannheim definía como utopía es para nosotros hoy una ideología progresista o transformadora en contraste con una tradicional o conservadora. Dejando esto de lado, Mannheim sostenía que nuevas teorías explicativas difundidas por expertos como él vendrían a iluminar a los productores de ideologías menos conscientes y a aquellos entre sus consumidores que se hallaban más atrapados en sus redes.

Los rasgos psicológicos de la ideología eran para Mannheim, como para Marx, distorsiones conscientes, mentiras calculadas o formas de autoengaño. Esta era la concepción estrecha de la ideología. Mannheim la relacionaba con ar-